

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las costumbres cambian, y no de un modo insensible, sino muchas veces a la vista. Por lo mismo que Madrid no es lo que se llama una gran capital, al menos relativamente a otras de Europa, es más fácil en variar y en pegar el salto desde su antigua manera de ser hasta el pico de la moda. No hay transiciones lentas, graduales: España, dijo no sé quién, se civiliza brincando del candil a la luz eléctrica; apenas tiene ferrocarriles, pero hierve en automóviles y no tardará en hervir en aeroplanos.

Así, Madrid ha pasado de no encerrar un hotel aceptable a enorgullecerse con dos, que al menos en lo externo se ajustan al último figurín.

El *Palace* no lo conozco todavía por dentro. Del *Ritz* he oído señalar mil deficiencias, especialmente en la comida. Sea o no verdad, no cabe duda que hemos salido de aquella situación, molesta para el amor propio nacional, de no tener dónde alojar a los personajes extranjeros, los cuales, en ocasiones como la de las bodas del Rey, hubieron de distribuirse en varios palacios de la aristocracia.

Y — volviendo al cambio de las costumbres — la novedad de estos hoteles ha traído consigo otras muchas. En Madrid no se comía de fonda, no era cosa bien vista, o por lo menos no era cosa usual, que las señoras aceptasen esa clase de invitación. Preparó el camino para ella la transformación de la mesa redonda en mesitas chicas, suprimiendo para siempre aquella promiscuidad intolerable de las antiguas «fondas» y «paradores». La mesa redonda era digna de observación para el novelista y el costumbrista: en ella se podía notar, desde la sopa, quién era cada uno, en el terreno de la educación y cortesía. El que agarraba el queso de bola, y oprimiéndolo contra su corazón se cortaba una raja enorme y desigual; el que escupía los huesos de aceituna en el plato; el que bebía vino sin tasa; el que no sabía manejar debidamente tenedor y cuchillo; el que ponía los codos sobre el mantel o lo estrellaba de pringue... Porque de todo esto había en las mesas redondas, y había también comensales muy preciados de finura, que abrumaban a las señoras a fuerza de obsequiosidad, de servirles, sin conocerlas, agua, vino, salchichón y almendras tostadas... Todavía, en hospedajes de provincia, en casas de huéspedes madrileñas, quedan ejemplares de la clásica mesa redonda, con eternos «entremeses», sus palilleros, sus discusiones de sobremesa, a la hora del café, que invariablemente versan sobre toros y política. Pero ya van desapareciendo. Modestas fondas han adoptado el sistema de las mesillas, y hasta les colocan, en medio, una jarra o un vaso con un alelí o cuatro girasoles. El mundo marcha.

Ahora bien, los dos hoteles nuevos hicieron que las señoras, lejos de huir de la vida de fonda, se alegren muchísimo si las invitan a comer o a almorzar, o a la hora del te, en esos elegantes paradores, a cuya puerta se ven siempre coches y automóviles, y cuya iluminación, desde lejos, parece el anuncio de una fiesta perenne. Me han asegurado que hasta hay quien levanta su casa y se va a vivir al hotel, libre de la brega con cocineras, criados, etc... No cabe duda, el porvenir está ahí; cada día es más arduo sostener una casa. Yo sospecho si, andando el tiempo, la vida se organizará en tal forma: se construirán manzanas, calles enteras de hoteles, más o menos suntuosos, y en ellos habitará, no el viajero, sino el acomodado burgués, domiciliado en la población, que quiere tener sus cuentas en orden, y saber que el plato, la casa y el servicio no le cuestan más allá de lo que ha presupuestado (*presupuesto*, ¿eh?, no me pongan *presupuestado*) al principiar el año económico... Con los hoteles va sucediendo ya lo que con los hospitales y casas de salud. Antaño, ir al hospital

era como ir a presidio; en las fondas, toda incomodidad tenía su asiento. Hoy los millonarios se hacen operaciones en las casas de salud, y los príncipes se pasan el año en los hoteles. Milagros del lujo y de los adelantos científicos, que nadie puede tener en su casa a la altura que en una de esas grandes instalaciones destinadas al público.

En Madrid, los dos hoteles que compiten en representar la vida moderna, han resuelto un problema: el de las fiestas y comidas, tan complicadas a domicilio. En el hotel se salva la cuestión de amor propio y se ahorran molestias. Un baile, una recepción, una comida de aparato, representan mucho trajín, mucha inquietud, mucho trastorno, muchos *piques* y mucha contrariedad. Hay que volver la casa patas arriba, y que traer — aun teniendo servicio doméstico numeroso — criados de fuera, alquilados, desconocidos. Un error del cocinero os pone en ridículo. Un percance en la electricidad, que se apaga, os compromete. Mil circunstancias, imposibles de prever, os estropean la papeleta. Ninguno de estos peligros ofrece el obsequio en el hotel. Las reuniones bailables se hacen a la inglesa; cada cual paga su cuota, y así se crean, en la concurrencia, dos intereses: el de asistir, y el de no criticar a la salida, cortando sayas de variados colores al dueño o dueña de la casa. Porque suele ocurrir que una persona se gasta la moneda, se toma la molestia, se despepita al hacer los honores, no omite requisito... y los mismos que acaban de saborear los *sandwichs* y de paladear el helado y de disfrutar la distracción, no aguardan ni a haber bajado la escalera, para declarar que todo era infecto y que no hay derecho a aburrir así a los amigos...

Tal es la condición humana, y no es de esperar que varíe, puesto que ya han transcurrido muchos años desde que la especie se agita en la superficie del planeta...

No se sabe si los grandes hoteles nuevos podrán sostenerse; son muy vastos, sobre todo uno, el *Palace*, y representan un enorme capital invertido que es preciso amortizar y al cual hay que sacar utilidades; es difícil que en circunstancias normales se llenen, por igual razón: el lujo del establecimiento obliga a encarecer el alojamiento y, en general, no paga esos precios el viajero español.

He ahí por qué yo he sostenido siempre (pareciéndome asaz importante el asunto, para la cultura) que los hospedajes, aquí, necesitando reformas muy capitales, no pueden sin embargo montarse con esplendor y superfluidad, sino sobre el tipo de una modestia bien avenida con la higiene y con la comodidad que puede necesitar el que deja su casa por algunos días. En el mobiliario, en la comida, en los servicios debe dominar esta tendencia: todo limpio y sencillo, sin gran tono de extranjería. Si me encomendasen que estableciese un Gran Hotel en Madrid, trataría de que no costase arriba de diez, ocho y seis pesetas la pensión, comprendiéndolo todo; y que el hotel cifrase su lujo en ser una tacita de plata, de un aseo monástico. Extras, cuantos pudiese el consumidor; pero lo de diario, comida española sencilla, sin nombres pomposos, que tantas veces son meras engañosas... Cierta día, invitada a almorzar en un Hotel de pretensiones, me presentaron el *menú*, y leí en él *Abatis de dindon*... que en castellano significa «despojos de pavo»... Y cádate que los despojos de pavo eran... un gazapillo guisado a estilo gatuño, a la castellana. ¿No fuera mejor decir la verdad? Pase dar gato por liebre; pero ya conejo por pavo es cosa inaudita. Algo análogo ocurre con el fuagrás que falsifican con hígado de ternera y otras mascaritas semejantes. Tal vez un hotel en que se comiese cocido, sopa de fideos, gazpacho y *soldados de Pavía* fuese el ideal para mucha gente, que creería encontrar los hábitos de su casa en esta llana y sabrosa alimentación.

Quizás este hotel que fantaseo estaría siempre lleno, porque, lo repito, España no es un país en que los millonarios abundan. Verdad que acaso sucediese con esto lo que con el tren, donde nadie viaja en segunda; por pocas pretensiones que tenga un individuo, va en primera. Si corría la voz de que el hotel modesto era modesto..., es fácil que ninguno pudiese en él los pies.

España y yo somos así, señora...

que dijo el personaje de Marquina.

De todos modos, es temible gastar millones en un intento que depende del capricho del público. Aquí hemos visto fenecer un establecimiento muy elegante, especie de restaurant, que se llamaba Novelty, al influjo de este retraimiento inexplicable de la gente, que se pone de acuerdo en concurrir o no a un sitio, y no examina las causas. Novelty fué calumniado: se susurró que en su recinto habíase veri-

ficado una *batalla de damas*. Aun suponiendo la realidad de tal pelea, no veo por qué el chocolate y los emparedados hubiesen de ser peores. Sin embargo, al poco tiempo, Novelty, vacío, hubo de liquidar, y sus magníficas lucernas y sus cómodos y expusitos sillones adornan hoy el salón de un gran balneario. El rival de Novelty, el *Ideal Room*, que luchó y venció, y por algún tiempo fué punto de cita de las señoras distinguidas, ahora sufre, sin duda, la competencia de esos *halls* del *Ritz* y del *Palace*, y debe de resentirse de ella. Como no voy a sitios públicos, lo ignoro, pero lo supongo.

También he oído decir que este año los teatros atraviesan una crisis pavorosa. Entre los impuestos y la frialdad del público, los empresarios se dan a los demonios. La sala está vacía. Creyérase, a primera vista, que algunos no se hallan en este caso: por ejemplo, la *Princesa*, que en manos de la Compañía Mendoza-Guerrero ha recorrido, hasta hoy, un camino triunfal. Es cierto que este teatro rompe el hielo y atrae siempre concurrencia; pero lo consigue a costa de transacciones, poniendo en escena lo que lisonjea los gustos frívolos de los espectadores, del abono blanco, rosa o escocés. *El misterio del cuarto amarillo* es lo que en la actualidad hace el gasto... Unos actores ilustres, que parecen vinculados al arte puro, tienen que consagrarse, supongo que de mala gana, a *vaudevilles* recalentados como *Doña Desdemonas*, ¡y a los acertijos policíacos de folletines de moda! En esta forma y con ayuda del modisto, logran Fernando y María que no se les escape un público que bostezaría en *La vida es sueño* y se dormiría en *El alcalde de Zalamea*.

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo...

etcétera. El momento es de decadencia total en los espectáculos: el *cine*, las *variétés*, las danzarinas, los excéntricos, los monos sabios y los luchadores, grecos o no, vinculan la simpatía y la curiosidad y los éxitos de taquilla y los aplausos. No quiera Dios que nunca hayamos de ver en la *Princesa* a Tórtola Valencia poniendo el pie delante a María.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.